

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. En la Península: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0,05 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales. Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre La correspondencia al Administrador

A la Junta de Sanidad INSISTIMOS

El público—numerosísimo por cierto—que anoche acudió al Muelle de Alfonso XII para aplaudir el buen gusto de los señores Díaz Spottorno, por su preciosa embarcación primer premio de la Velada Marítima *Una fantasía china*, se retiró precipitadamente de la orilla del mar no pudiendo resistir los malos olores, que se perciben en aquel sitio.

Y desgraciadamente, van en aumento de día en día, pues también aumentan las causas que los producen.

Nosotros sentimos tener que insistir sobre este punto que tanto afecta a la salud pública, puntualizando las causas que lo determinan é insistiendo sobre quienes son los causantes del mismo.

La cloaca del penal, que dicho sea de paso jamás se limpia, desemboca antiguamente en el moderno varadero de botes, precisamente debajo de la batería del Arsenal; cuando se verificó el relleno del muelle de Rodán y se construyó en aquel sitio el desembarcadero, se desvió la cañería, haciéndole el desagüe por el muelle de Alfonso XII precisamente en el sitio donde atracan los vapores.

El continuo movimiento de las aguas hace que aquel depósito de materias orgánicas desarrollen intensos vapores de sulfuro de amoníaco imposibles de respirar por su olor repugnante y nauseabundo.

Allá por el mes de Septiembre del año anterior, la Junta de Sanidad acordó enviar un oficio al Director de la prisión, indicándole los medios que debía poner en práctica para que aquellos malos olores desaparecieran, pero el Sr. Zubiri contestó que en el presupuesto del penal no existía cantidad alguna consignada para ello y que por lo tanto le era absolutamente imposible cumplimentar la orden de dicha Junta.

Y así las cosas, los meses han transcurrido sin que nadie se haya vuelto á preocupar del asunto y el público es el único que sufre pacientemente los efectos de la indiferencia de los unos y de los otros.

Como es sumamente fácil corregir esta verdadera transgresión de las leyes sanitarias, vamos á dirigirnos al dignísimo Presidente de la Junta local de prisiones, para ver si somos más atendidos en nuestra petición.

Hoy, el único medio que existe para que desaparezca del muelle ese

hedor insoportable que tanto perjudica y molesta, es arrojar á distancia de medio metro de la boca de la cloaca un saco que contenga 80 ó 100 kilogramos de sulfato de hierro ó caparrosa, que en combinación con el sulfuro de amoníaco, forman el sulfuro de hierro, que no produce olor de ninguna especie y que según Vallin es el mejor desodorante que se conoce.

Este es el remedio más sencillo y más económico.

Suponemos que esta vez seremos más atendidos y que todos los que tienen el deber de hacerlo, se preocuparan en sanear aquella parte de la población, que en esta época del año suele ser la más concurrida.

La mujer Rifeña

Las fantasías naturales en todo período de agitación, y más aún cuando entre tinieblas de desconocimientos absolutos se desarrollan, hacen volar á la opinión su rumbo localmente, de aquí para allá sin que logre orientarse fijamente y dando lugar á esa diversidad de criterios que en el comentario de todo suceso surgen.

Algo de esto nos ocurre á los españoles respecto de nuestros enemigos los rifeños. Por ejemplo: varios días han publicado los periódicos de Madrid la siguiente noticia: «En masa con los rifeños combatientes presentábase grandes contingentes de mujeres que alientan á los luchadores, cargan sus armas, y aún á veces, toman parte activa en el combate...»

Es posible que, por lo anormal de la situación, los moros se hayan decidido á dar lugar preeminente en su acción á la mujer; pero... pongámoslo en tela de juicio, ya que las costumbres de este pueblo en tiempo de paz nos dicen que para el rifeño, la mujer es una cosa nimia, despreciable, á la que no conceden la menor importancia.

De nadie se recatan los moros al decir que en el orden de sus afectos figura la mujer en muy lejano lugar; ocupando un término posterior al hijo, objeto el más apreciado para el hombre, al que siguen el caballo, los hijos y las hijas, el ganado y por último, la esposa ó esposas.

Nadie ignora que la esposa de un moro tuvo un precio como cualquier mercancía, precio que á veces es inferior al de un mauser, y

siempre al de un caballo. Para ellos, la esposa es un medio de vida, una máquina más, esclava por completo á los mandatos de su voluntad.

El rifeño, moro pobre por lo general, no se permite el lujo de poseer estos harenes de que nos hablan los cronistas africanos, ni esclavas que perfuman el agua de sus abluciones ni canten tonadas melancólicas para atraer á su espíritu el reposo. No cubren el cuerpo de la mujer rifeña brazaletes, collares y ricas telas, ni perfuman sus negros cabellos, no bailan ante el señor de su vida con afán de seducción.

La pobre mujer rifeña lleva la carga del hogar; labra los campos, empajándose no pocas veces con una vaca para tirar del arado; cruza sierras y valles en busca de leña y la carga sobre sus espaldas en increíbles cantidades; lucha por la conservación del doméstico ajuar, y á un tiempo une á esto oficios de animal de labor, esclava y mujer hacendosa, los de madre, criando á sus hijos en los intervalos del trabajo.

Cae sobre ella el peso todo de la vida, mientras el rifeño, indolente, se sienta al sol cuando no guerrea, y mueta cantos tristes y sagradas oraciones que á la mujer misma le están prohibidas. Su categoría social es tan ínfima que jamás alcanza un puesto en el consejo de la familia, limitándose á acatar y cumplir los mandatos de sus hombres en condición; moral está tan deprimida que, por grande que su amor sea, no puede subir á sus labios la menor protesta ante la multitud de objetos de amor del que es su esposo.

Bien es verdad que este amor, tal como nosotros lo entendemos en los países civilizados, no existe en los pueblos islamitas, no puede existir, y de ahí la pasiva resignación de las mujeres por todo y ante todo. Cuando apenas cuentan las hembras tres lustros, entre los hombres se concierne su matrimonio sin darles de ello noticia; el futuro esposo, en países pobres como el Riff, va pagando el precio estipulado (que nunca asciende de un centenar de duros, y las más de las veces, no llega ni á la mitad), y una vez terminada de saldar la cuenta, cuando menos se lo espera, cambia de domicilio la hembra y pasa al de su nuevo señor, á quien ve á veces por primera vez en la noche de su boda.

Una abulia forzada reina entre la mujer rifeña; sólo careciendo de voluntad propia puede un ser humano resignarse á tan triste papel en la vida.

Mujeres, sin amor, sin ilusiones, su vida es bien triste: si no alcanzan el lauro de la maternidad, son revendidas de hombre á hombre, y si, por fin, la larga abstinencia y contención de todos los amores cuaja y anida en el de un hijo de sus entrañas nacido, su dicha no dura mucho tiempo, que si es varón desde los diez ó doce años lo ve armado caballero, partir á la guerra, y si hembra es, ha de consentir su venta para mujer de hombres cuando aun debía ser niña de juegos infantiles.

De un antiguo explorador he oído decir, que en casos de peste, el hombre es cuidado hasta el último momento, y la mujer, apenas atacada, es condenada á muerte, y en casos de hambre, la mujer que no procura el alimento por cualquier medio á toda la familia, sufre horribles castigos.

Cesen, pues, las fantasías. Esas mujeres que aparecen en los combates de hoy, no están allí enardecidas de odio santo y amor á los suyos; quizás medrosas y apocadas, el retumbar del cañón las dé desmayos y miedos horribles, pero están allí obligadas á buen seguro, desempeñando un nuevo papel de siervas, ofreciendo un blanco con su cuerpo á las balas, sin la satisfacción de herir al que mata.

Si fuese bien conocida la vida de la mujer mora, ésta sería una de las grandes banderas que el mundo civilizado podría levantar para escudarse su acción en Africa; que esa esclavitud inicua de seres humanos, aptos para la vida, y por ende dignos de felicidad, acaba siempre con la civilización, que si es cruel al aplicar sus cáusticos, cura las úlceras radicalmente y sana la condición del triste, del paria, del mísero de condición y espíritu, no por carencia de energías, sino por la injusticia brutal del más fuerte.

RUIZ ALBÉNIZ

LOS HERIDOS

Ayer anticipamos la noticia á nuestros lectores de haber sido dados de alta y enviados á sus pueblos ochenta y tres soldados, heridos en la actual

campaña de Melilla y que ya se encuentran convalecientes de sus lesiones.

Daba alegría verlos marchar tranquilos y satisfechos, deseando la mayor parte encontrarse completamente curados para incorporarse de nuevo á sus respectivos regimientos.

Lo avanzado de la hora—pues salieron la mayor parte en el mixto de la tarde—nos impidió publicar los nombres de tan simpáticos viajeros.

Helos aquí:
Antonio Calzada Rodríguez, del Disciplinario; Atilano Blázquez Jaen, de Llerena; Andrés Fuentes Fuentes, de Madrid; Andrés Ruiz Alcaraz, de Africa; soldados.

Sargento: Andrés Ruiz Pérez, de Llerena; soldado Andrés Martínez Conesa, de Madrid; Albertano Montero Sánchez, de las Navas; cabo Alfredo López Pérez, de Madrid; soldado Bernardo Domingo López, de Llerena; Bartolomé Soriano, de Melilla; Bernardo García Muñoz, de Llerena; Blas Flenillo Barrio, de Arapiles; Constantino Quintana Caballero, de Llerena; Cándido Esteban Casado, de Figueras; Casiano López Baños, de las Navas; Cecilio Alonso Laguna, de Llerena; Constantino La Huerta, de Reus; Cirilo Tercero Morenenda, de Llerena; Celestino Cid Lellenes, de las Navas; Enrique Domingo Calvo, de las Navas; Eusebio Monja Martín, de Llerena; Francisco Moreira Pueblo, de Llerena; Francisco Más García de Llerena; Fernando Martínez Martínez, de Africa; Filiberto Martínez Rodríguez, de Arapiles; Julio Gutiérrez Navas, de Figueras; Félix de Arriba Gascón, de Barbastro; Francisco Santos Sangrino, de las Navas; Fermín de Nagal, de Llerena; Gregorio Muñoz González, de Barbastro; Gabriel Martínez Escaloz, de Melilla; Ginés Serrano López, de Llerena; Gregorio de la Paz, de Llerena; Ginés Santos Darado, de Madrid; Gumersindo González Hernández, de las Navas; José Banachera Gómez, de Llerena; José Ollé Cipriano, de Madrid; José González Barbero, de las Navas; José Díaz Carmona, de Llerena; José Menchen Ramírez, de Madrid.

José Antich Bizquez, del cuarto mixto de Ingenieros; Juan Misach Chico, de Reus; Julián Muñoz Fijador de Llerena; Jaime Ros Ayat de Estella; Juan Vega Pérez, de Llerena; Juan Calderón Alonso, de id.; José Ruiz Agüera, de Africa; Juan Muñoz Cabrera, de Llerena; Luciano Fernández Pérez, de las Navas; Ladislao Ibañez del Olmo, de Madrid; Lorenzo

Badillo Alvarez, de Llerena; León Sancho Bázquez, de las Navas; Miguel Blanco Hernández, de Arapiles; Miguel Rompell Sánchez, de Africa; Manuel Rodríguez Moles, de Mérida; Manuel Granda Maten, corneta de Arapiles; Manuel Medina Más, de Melilla.

Segundo Izquierdo Díez, de Llerena; Saturnino Márquez Madrid, de Madrid; Teodoro Alvarez Monja, de Barbastro; Tomás Gallego Cuéllar, de Arapiles; Tiburcio García Cabrera, de Llerena; Tomás Bárceca Etión, de id.; Teodoro Belmonte García, de Africa; Víctor Rodríguez Arjona, de Barbastro; cabo Victoriano Orejuna, de Llerena; Vicente González Gilgado, de Madrid; Valentín Arroyo Sorria, de las Navas; Víctor San José Pérez, de Barbastro; Vicente Blanco Izar, de Alfonso XII; Vicente Trimpitá Giménez, de Llerena; Víctor Manuel Gómez, de id.

Martín Izquierdo Díez, de Llerena; cabo Maximiano Flores Alonso de Madrid; Manuel Carado Carretero, de Arapiles; Mariano González Sánchez, de Barbastro; Martín Castellano Giménez, de las Navas; Pedro Gil Vega, de Arapiles; Pedro Martín Sánchez, de Barbastro; Pedro Cantero Anduro, de las Navas; Pascual Palomar Aguado, de Arapiles; Restituto Pérez Torres, de Llerena; Severo Miranda Tejedor, de Arapiles; Santiago Muñoz Cristóbal, de las Navas y Juan Dolz Furio, de Alfonso XII.

Postales y Recortes

Dice un periódico que el Alcalde de Alforu (Valencia) ha sido multado por el gobernador civil de aquella provincia, por haber publicado un bando autorizando la usurpación de aguas.

¡Vaya un alcalde liberal!

Los vigilantes nocturnos condujeron anoche al depósito municipal á dos mujeres de vida alegre, y no sabemos si de muerte triste, que en el muelle de Alfonso XII faltaban á lo moral.

¡Que faltaron!

Dican de Sevilla, que se ha presentado al juzgado el célebre bandido apoderado «Niño de la Paz» que hirió el pasado mes á un inspector de policía.

Eso es, que quiere darle la corres-

¡Ay! ¡Si en alas de ardiente inspiración
Sintiera arrebatarme mi fantasía,
Como henchido de placer el corazón
De mi patria las glorias cantar!

Cantárame como en la remota edad
Trazó tus muros el monarca Testa
Y de su obra orgulloso, gran ciudad,
Para mas lauro te llamó Contesta.

Como Teucro al mirarte abandonada
Alfonso prosigue el regio intento,
Viéndose al cabo su ilusión burlada
Por el destino que le aleja cruento.

Cantárame á Asdrúbal, general famoso,
Que deseando alcanzases gran renombre,
Hija siendo de un pueblo poderoso
Dióte su siempre celebrado nombre.

Cantárame yo la lucha sin igual
En que el genio potente de Scipion
A Cartago, su indómita rival,
Ganárame tu anhelada posesión.

Como despues de la irrupción del Norte,
Destruído el poder de los romanos,
Envuelta en los fueros de Mavorte
Presa fuiste de vándalos y alanos.

Cual hollaron tus muros los infieles
En la época aciaga aunque remota
Que ganaron los árabes laureles
Del Guadalete en la sangrienta rota.

Entonces grato revelárame el labio
La siempre celebrada reconquista
En la que el jóven D. Alonso el Sabio
De la insana morisma te conquista.

Yo cantárame el poder de tus señores
Y de sus hechos la variada historia;
Del Conde D. Julián tiernos amores
O de D. Juan Chacón la fama y gloria.

Al gran Carlos III enalteciera,
De la España feliz rey sin igual,
El que á mi patria el esplendor volviórame
Con sus dones, sus fuertes y Arsenal.

II
Allá junto á las playas
que nos pertenecieron
en aguas que aun teñidas
con sangre nuestra están,
mira la inmensa tumba
de los que sucumbieron,
besando nuestra enseña
con sacrosanto afán.

¡Sus madres?... ¡Pobrecillas!
no hallaron el consuelo
de ir todas á sus tumbas
amantes á rezar,
que tienen á las aguas
por movidizo suelo
y por pesada losa
las olas de la mar.

José Mancada Moreno.



CARTAGENA

Héla allí sobre un trono de diamantes
Que bello forma el espumoso mar,
Mecerse entre las olas susurrantes
Cual niveo cisne en nítido raudal.

Del claro golfo en el inmenso espejo
Su faz apuesta rutilante brilla,
Y la imágen que forma su reflejo
Sus galas forma en la azulada orilla.

Trasunto fiel que vagarosa brisa
Besa fugaz en plácido murmullo,
Sin empañar su superficie tisa
De calma nuncio y de bonanza augurio.